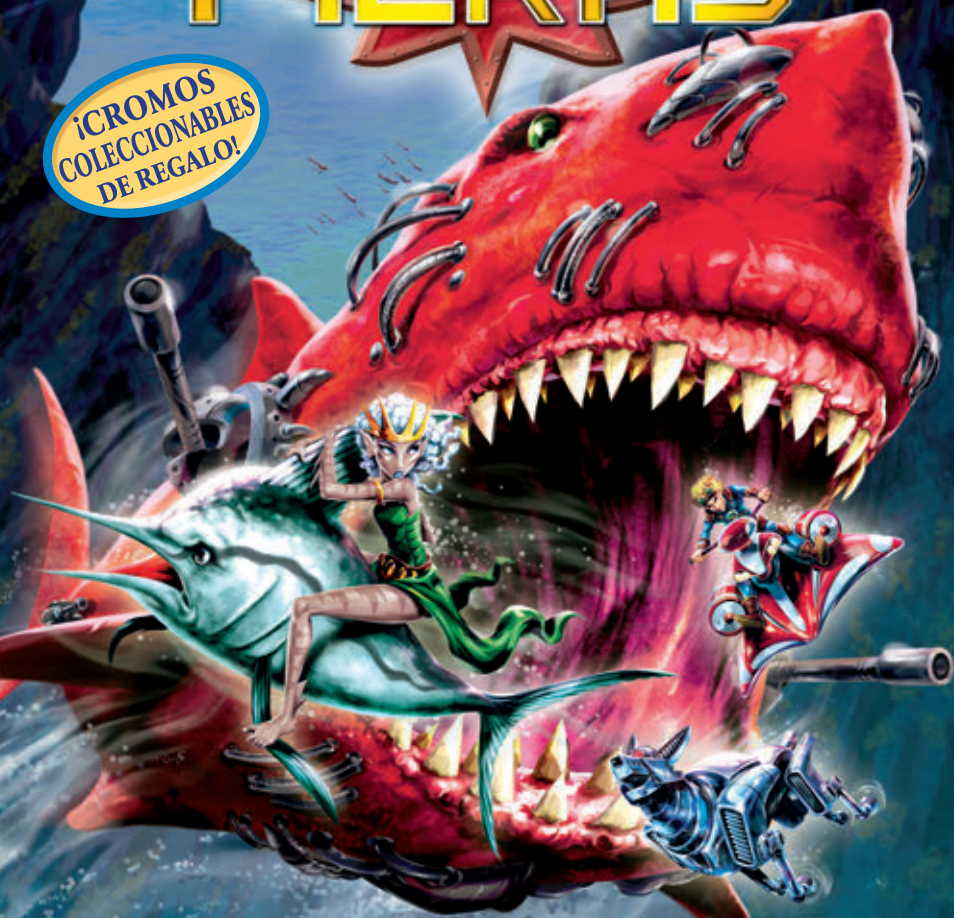


ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!



DESTINO

KRAYA

EL TIBURÓN SANGUINARIO

KRAYA, EL TIBURÓN SANGUINARIO



ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

Un agradecimiento especial a Michael Ford



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Kraya The blood shark*.

© del texto: Beast Quest Limited 2013

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19245-9

Depósito legal: B.13.888-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

LA BATALLA FINAL



Las corrientes marinas le hacían cosquillas en la piel a Max como una brisa de otoño. Se estremeció y agarró con más fuerza el manillar de la moto acuática. El termostato de la moto descendía cuanto más se acercaban al norte, hacia donde se dirigían, pero eso no era lo único que lo hacía temblar. A cada milla que recorrían, más cerca se encontraban de Cuevas Negras y de su enemigo, el Profesor.

«Y también más cerca de papá», se dijo Max. El Profesor había secuestrado a su padre, Callum, de la ciudad de Aquora. Según la amiga merryn de Max, Lia, el Profesor estaba reuniendo a expertos para que lo ayudaran a construir armamento. Así que tenía sentido que se hubiera llevado al padre de Max, ya que era el Ingeniero Jefe de Defensa de Aquora. Lo que de entrada no conseguía entender era cómo había encontrado el Profesor a Callum.

«No voy a perder a los dos en el mar», pensó.

La madre de Max había desaparecido en un viaje con su tío hacía años. Habían estado buscando Sumara, la ciudad de los merryn (un pueblo legendario de seres submarinos). Pero ninguno de los dos regresó. Todo quedó en dos exploradores más perdidos en los peligrosos océanos de Nemos.

Había lodo suspendido en el agua, así que Max encendió los faros. Los chorros de luz iluminaron la cola oscilante de *Spike* mientras el pez espada nadaba a través del agua con Lia montada en él. No, los merryn definitivamente no eran una leyenda. Lia se volvió para mirarlo, con los ojos bien abiertos y el pelo plateado hinchado como una nube.

—¡También podrías avisar a todo el mundo de que vamos hacia allá! —lo reconvino ella.

Max bajó la intensidad de las luces, amenoró la velocidad y se puso a su lado. Su perrobot, *Rivet*, lo siguió con un acelerón de su propulsor.

—Disculpa —le dijo Max a la princesa merryn—. Todavía estoy aprendiendo, supongo.

Lia observó el mar que tenía delante.

—Nunca he estado tan lejos de casa. Percibo algo allí, a lo lejos.

—Dime qué es —contestó Max dando golpecitos al arpón que llevaba atado al lateral de la moto.

Habían recorrido millas desde Sumara, donde el padre de Lia gobernaba. Y estaban más lejos todavía de la ciudad de Aquora, donde Max había crecido junto a su padre. Le parecía que había pasado toda una vida desde que se aventuró por primera vez a sumergirse en el agua tras el cibercalamar del malvado Profesor. Max casi se ahoga, y fue solo gracias a que Lia le traspasó el don de los merryn que pudo salvar la vida. Se tocó con los dedos las branquias que ella le había dado. Todavía le costaba creer que podía respirar bajo el agua sin un traje de buceo.

Max se inclinó para tocar la cabeza metálica de *Rivet*.

—No puedo evitar pensar que es posible que nos estemos dirigiendo hacia una trampa.

Lia se encogió de hombros.

—No creo que tengamos otra opción. Tenemos que localizar al Profesor.

Además de llevarse al padre de Max, el Profesor había robado la calavera de Thallos de la ciudad merryn de Sumara. Sin ella, los merryn habían perdido sus poderes para controlar los mares, lo que significaba que todos ellos estaban en peligro. El Profesor estaba usando los fragmentos de la calavera y la tecnología más avanzada para controlar a las bestias gigantes del océano, convirtiéndolas en feroces máquinas de combate. Max y Lia habían liberado a tres de esas bestias y recuperado tres fragmentos de la calavera... pero cada batalla había sido más peligrosa que la anterior.

—Estás temblando —dijo Lia—. Espera un momento. Sé lo que necesitas para entrar en calor.

Se adelantó y le susurró algo a *Spike*. El pez espada inclinó su puntiaguda nariz y se sumergió. El agua oscura se tragó a Lia. Max esperó, contento de tener los ojos rojos de *Rivet* y las luces de la moto para hacerle compañía. Se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de enfrentarse cara a cara con el Profesor.

El primo merryn de Lia, Glave, le había dicho que una terrible robobestia protegía Cuevas Negras: Kraya, el tiburón sanguinario. Solo el nombre era lo bastante aterrador para que Max quisiera regresar.

Lia emergió del fondo marino arrastrando con la mano lo que parecía una alfombra. Se bajó del lomo de *Spike* y se la tendió.



—Ponte esto —le dijo.

Ahora que la tenía más cerca, Max se dio cuenta de que era una manta hecha de ondulantes zarcillos de color naranja. Lia le había hecho dos agujeros para que pasara los brazos.

—¿Qué es? —preguntó Max.

—Hebras de plantas acuáticas —dijo Lia—. Hacemos mantas con ellas para los renacuajos merryn.

—¿Renacuajos?

—Nuestros bebés —dijo ella—. Ya sabes, las crías.

Max se puso el chaleco y sintió su calidez al momento.

—¿Venís de huevos?

Lia frunció el ceño.

—Pues claro. ¿Cómo nacéis los respiradores? ¿Acaso caéis del cielo?

Max soltó una risita.

—No importa. ¿Consultamos a la calavera para saber qué dirección tomar?

—Sigamos avanzando —respondió Lia—. No me gusta este lugar.

Nadaron a través de las tinieblas. Poco a poco el agua se hizo lo bastante clara como para que Max pudiera apagar del todo los

faros de la moto. El fondo oceánico se extendía a lo largo y a lo ancho durante millas, completamente liso y desnudo salvo por algunas piedrecitas y restos de algas muertas. El agua estaba vacía de peces y de cualquier otro tipo de vida marina.

Max se sintió más relajado ahora que podía ver en la distancia.

—Paremos aquí —dijo. Lia asintió y se bajó del pez espada deslizándose por su lomo.

Rivet también se alegró de haber salido de la zona turbia, y se puso a husmear de manera juguetona la panza de *Spike*, hasta que el pez espada le asestó un coletazo que lo mandó dando tumbos por el fondo marino.

—¡Aquí, chico! —Max llamó al perrobot y *Rivet* nadó hacia él.

—Pez me golpeó, Max —ladró.

—Te lo has buscado —dijo Max, abriendo el panel trasero de *Rivet*. Una brillante



luz azul salió del interior y lo deslumbró—. ¡Guau! —exclamó. Abrió un poco los ojos y sacó la resplandeciente calavera de Thallos.

Los tres fragmentos (la mandíbula, las cuencas de los ojos y el pico) se habían fusionado como por arte de magia. Cada pieza les había indicado la posición de la siguiente, pero nunca habían brillado tanto como en ese momento.

—Debemos de estar cerca —apuntó Lia.

—No lo entiendo —dijo Max—. No hay nada por aquí...

Un profundo estruendo proveniente del fondo marino ahogó sus palabras, y Max sintió el empuje del agua.

—Por los siete mares, ¿qué es eso? —preguntó, guardando rápidamente la calavera.

—No lo sé —dijo Lia—. Pero no creo que debamos quedarnos aquí. ¡*Spike!* —El océano volvió a temblar—. ¡Sube! —gritó Lia—. ¡Rápido!

Max se quedó sin aliento al ver abrirse una grieta en el fondo marino, un enorme

anillo negro de arena que se ensanchaba rodeándolos. Hubo otro estruendo seguido de un zumbido cuando dos inmensos muros curvos de cristal se elevaron desde el suelo. Antes de que tuvieran tiempo de moverse, el cristal se cerró sobre sus cabezas como un párpado gigante.

Al otro lado del escudo, *Spike* nadaba como un loco hacia delante y hacia atrás, golpeando con su espada el muro transparente. Dentro, *Rivet* ladró salvajemente, bajó la cabeza y puso sus propulsores a toda potencia. Arremetió contra el cristal, pero rebotó con un ruido sordo. El droide pescador se hundió en el agua vertiginosamente.

—Duro, Max —dijo el perrobot.

Lia nadó hacia la línea donde las dos mitades de la cúpula se unían y Max la siguió con su moto acuática. Había una pequeña hendidura en la junta pero no le cabían los dedos

para hacer fuerza y separarlas. El cristal de la cúpula debía de tener el grosor de por lo menos un palmo.

Lia le dio un puñetazo al cristal.

—¡Estamos atrapados! —exclamó.